

ENTREVISTA CON ROBERTO BERISTÁIN, ARCHIVISTA EMÉRITO

Marco Antonio Silva Martínez*

La participación y asesoría de Roberto Beristáin Rocha en la consulta de documentos históricos durante más de cuatro décadas ha sido reconocida públicamente por decenas de investigadores, quienes a través de sus libros le agradecen la dedicación y el apoyo brindados por él tanto en la Biblioteca Nacional como en el Archivo General de la Nación. Entre otros de esos estudiosos están: Ricardo Rees Jones, Solange Alberro, Margarita García Luna, Pilar Gonzalbo, Roberto Moreno de los Arcos, Agustín Ramos, Alberto Herr Solé, Patricia Seed, William Merrii, Susan Deans-Smith, Sergio Aguayo, Margarita Carbó, Ethelia Ruiz, Alonso de Zorita, Richard J. Salvucci, René García Castro.

Roberto Beristáin –quien obtuvo en 2001 la mención al mérito en la labor de archivos dentro del IX Premio Banamex “Atanasio G. Saravia” y en 2011 el premio al Mérito Archivístico “por su superación y constancia en el conocimiento del acervo”– nació en Coacoatzintla, Veracruz el 13 de mayo de 1942. Es el sexto de los siete hijos que procrearon Ireneo Beristáin Moctezuma y María Angélica Rocha Tesillos: Rosa María, Leonor, Arturo, Alejandro, Ignacio, Roberto y María de Jesús.

Su madre murió el día en que él cumplió tres años de edad. Mientras sus hermanos quedaron al cuidado de una tía en Xalapa, Roberto se fue a vivir con su abuela materna, Pánfila Tesillos, a Ixhuatlán de Madero, donde ella era panadera. En esa comunidad veracruzana de la llamada Huasteca baja, aprendió diversas actividades, como acarrear agua y leña para alimentar el horno; en varias casas vecinas, también ayudaba a moler nixtamal o grano de café, así se ganaba el desayuno. En ocasiones, por indicación del tío Carlos, debía ir al Zapote, un rancho cercano a Ixhuatlán, para cuidar y alimentar al ganado bovino.

* Jefe del Departamento de Publicaciones, AGN.

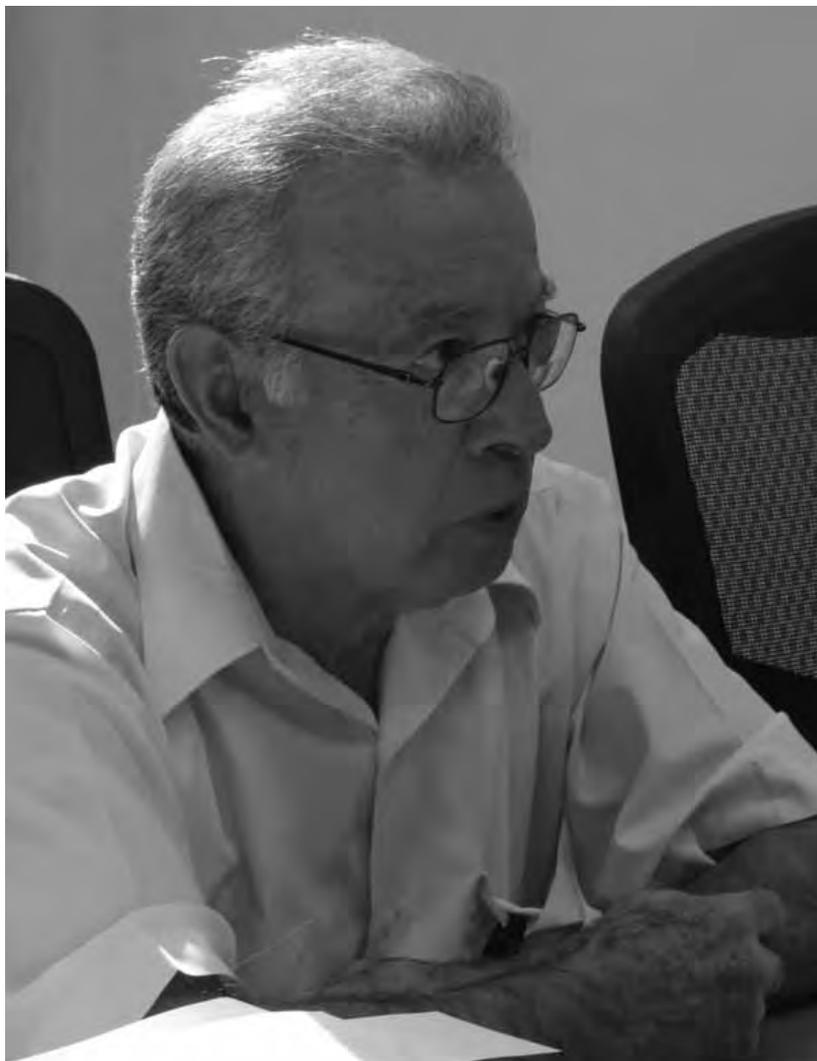


Foto: Idalia González Castillo

Roberto Beristáin durante la entrevista

Asistía a la escuela primaria de la señora Graciana Martínez, que estaba separada sólo por una zanja del horno donde doña Pánfila hacía el pan. Roberto cursó más de una vez el primer año y cuando él y su abuela emigraron a la ciudad de México se había quedado en el tercer grado.

Para que doña Pánfila pudiera atenderse una infección en una pierna, arribaron ambos a la capital del país, Roberto tenía entonces 12 años de edad y pudo reunirse de nuevo con su padre y sus hermanos –excepto María de Jesús, quien se quedó con su madrina de bautizo– que habían llegado de Veracruz unos años antes.

En la ciudad de México aprendió pronto a ganarse la vida. Fue cargador de bolsas en los mercados, ayudante de un ilusionista, tapicero, repartidor de instrumental médico y bolero antes de toparse con la que ha sido su gran vocación: la consulta e investigación de los acervos históricos.

Noqueado por las amibas

En su época de veinteañero, tenía una gran afición por el box y lo practicó por un corto tiempo. Era peso mosca (50.800-52.100 kg) y entrenaba en los Baños Granada, pero debió colgar los guantes porque en una ocasión, después de haber peleado algunos rounds, se desmayó. Cuando despertó ya lo tenían en una mesa de masaje. Tras el estudio y los análisis médicos prescritos por el doctor Bolaños Cacho, le encontraron amibas enquistadas. “Todo lo que comía lo aprovechaban las amibas, por eso estaba flaco”. Cuando se desparasitó ya era peso gallo, con más de 53 kilos y medio. “Mi mayor afición ha sido el boxeo, lo practiqué un tiempo, pero ahora sólo lo veo por televisión los sábados por la noche”.

Aunque debió abandonar el box, no dejó el deporte, “corría antes de entrar a trabajar. También jugaba frontón en Tepito en una cancha que estaba entre la avenida del Trabajo y la calle Díaz de León. Después jugué en los Baños Atlas”. Actualmente conserva una complexión delgada, es peso ligero con sus aproximadamente 60 kilos.

Artista trashumante, tapicero, lustrador

“El Jarocho”, un ilusionista que trabajaba en el Centro de la ciudad de México lo contrató como su “Patiño” y “Chicharito”. Recuerda que antes de su presentación desayunaban café y unas tortas muy baratas, preparadas por ellos mismos. Adquirían los bolillos recién horneados en la panadería, les quitaban el migajón y para rellenarlos acopiaban de los botes de basura,

plátanos más que maduros, manzanas, peras o guayabas. Tras combatir el hambre, “El Jarocho” escribía algún *sketch* sobre la bolsa del pan y luego ensayaban antes de iniciar su número para quienes pasaban por la Plaza Loreto, en las calles de Rodríguez Puebla, Justo Sierra y San Ildefonso. “A ver, señoras y señores, ahora vamos a hacer caminar esta moneda de veinte centavos con las palabras cabalísticas de *pescuare botare pescuare mí para Zamora yes ascorbos ascorbos esparatatis tatis* que la gente no se dará *cuentalis* de la *trampatis*. ¡Ah méndiga moneda!, no quiere caminar”.

“El Jarocho” hacía y vendía camaritas de cartón y cristal, jabones quitamanchas y otros productos. “Ahora vamos a empezar a trabajar con Tita la viborita. ¡Sal de tu agujero, víbora maldita! A ver, Chicharito, tú que eres estudiado lee las noticias del día”.

A pesar de que “El Jarocho” fumaba mariguana, nunca lo invitó a secundarlo, lo cual Roberto agradece al recordar aquellos años de infancia en que le tocaba pasar el sombrero frente a los espectadores, “me divertía mucho, desayunaba gratis y me ganaba una que otra moneda”.

Posteriormente, contratado por temporadas por un señor de apellido Balmori se dedicaba a poner resortes en sillas y sillones en un taller que estaba en la avenida Ferrocarril de Cintura. También trabajó distribuyendo jeringas, matraces y demás instrumental médico en una empresa de la familia Martínez Corral.

En un local que se encontraba en Colombia número 7, junto al Sindicato de Boleros, fue uno más de los lustradores de calzado. En ese sitio se vendían los aperos para realizar tal oficio: brochas, cepillos, crema y grasa, además de agujetas y calzadores. El servicio costaba 80 centavos, de los cuales el bolero dejaba la mitad para la empresa y la otra le pertenecía. Aun cuando asear el calzado de sus principales clientes (los albañiles) era una tarea muy demandante, pues le tomaba más tiempo retirar el cemento, el yeso y otros materiales de la mezcla, algunos sábados Roberto llegó a ganar 14 pesos.

En su lugar de trabajo, Roberto tenía un cliente muy propio que solía conversar con él y un día le preguntó, ¿quieres trabajar en algo mejor? Toma mi tarjeta. Guardó la tarjeta pero no se interesó de inmediato, pues consideraba que tenía una buena clientela. Sin embargo, días después volvió a ver el pequeño rectángulo de cartulina, donde leyó: Lic. Alfredo Viruegas.



Foto: cortesía de Roberto Beristáin

Roberto Beristáin y Enrique Arreola en la Biblioteca Nacional

Director de Administración. Biblioteca Nacional. Se animó a presentarse ante él y se dirigió a las calles de Uruguay.

El lustre documental

En el ex convento de San Agustín, donde se asentaba la Biblioteca Nacional, entró a trabajar como auxiliar de intendencia en agosto de 1964. Ese mismo año obtuvo por fin su certificado de educación primaria. Cinco años después, ya como jefe de familia con limitados recursos económicos, buscó un segundo empleo que le permitiera conservar el que ya tenía. Acudió a varios lugares sin el éxito que esperaba, hasta que se presentó con el director del Archivo General de la Nación, Jorge Ignacio Rubio Mañé, quien lo aceptó en el área de intendencia. Así comenzó a trabajar, a partir del 16 de agosto de 1969 en el Palacio Nacional, entonces sede del AGN, de las 7 a las 15 horas. Se encargaba de tener limpia la oficina del director, quien llegaba puntualmente a las ocho de la mañana. Éste lo saludaba y se dirigía a él como “el del apellido ilustre”, por referencia al sacerdote, literato y bibliógrafo del siglo XVIII Mariano Beristáin y Souza, autor de la *Biblioteca Hispano-Americana Septentrional*, publicada en el siglo XIX.

Mientras realizaba la limpieza de los documentos con una aspiradora que tenía una malla de protección, empezó a leer, así fuera superficialmente, parte de su contenido. Miguel Civeira Taboada, periodista y escritor yucateco que era administrador del Archivo, le pidió desde su ingreso a la institución que, después de hacer el aseo, apoyara en el servicio de atención al público:

“Yo hacía el aseo primeramente de la Dirección. Enseguida en la sala de consulta, por último en parte del acervo. Al terminar mi trabajo de aseo atendía al público en sala. Eran dos salas: la de historia en la parte alta y la sala de Tierras y copias certificadas en la planta baja. Aproximadamente se atendían entre 20 y 30 personas, a veces menos; pero en los últimos días, ya para cambiarse el Archivo la estadística subió y se fueron de espaldas porque eran aproximadamente como 40 o 50 investigadores”.

“Recuerdo que el primer investigador que atendí fue el doctor Paul Vanderwood, que escribió sobre los cuerpos rurales de la federación. Él consultaba el fondo de Gobernación. Llenaba su papeleta y me pedía los legajos. Yo iba al acervo y veía la relación o guía. Por ejemplo en la planta de abajo donde estaban Tierras y copias certificadas se encontraban los ramos *Tierras, Indios, Mercedes, Archivo de Búsquas, Hospital de Jesús, Civil*. Yo estaba principalmente en la planta alta, donde se encontraba *Historia* y la *Colección de Folletería*. En aquel entonces a los actuales fondos documentales se les llamaba ramos”.

Don Roberto, quien demostró su capacidad memoriosa desde que era pequeño, se considera un ser privilegiado que tuvo la oportunidad de cambiar en un momento crucial de su vida el trabajo físico por tareas de tipo intelectual, desarrollando éstas tanto en la Biblioteca Nacional como en el AGN.

“El contacto con el público me gustó en estos dos lugares, pero también la documentación y la información que hay ahí. El contenido, lo interesante de los papeles. Creo que sí aprendí. Algo que nunca me imaginé, de verdad. Me interesó mucho la época virreinal, yo creo que todo el siglo XIX y el XX, todo me llamaba la atención, pero al principio fue sobre todo el tema virreinal”.

“En ese entonces, además del doctor Vanderwood atendí a otra investigadora: Ofelia Alarcón, que estaba investigando *Hospital de Jesús*, que no es más que el archivo del marqués del Valle, también a la doctora Solange

Alberro, a un historiador de la ciencia, el doctor Ramón Sánchez Flores, que escribió el libro *Historia de la tecnología y la invención en México*. Tantos investigadores que tuve la fortuna de atender. A Ernesto de la Peña, quien acaba de morir, lo atendí en la Galería 4. Él vino invitado por el maestro Roberto Villaseñor, que trabajaba en el canal 13 en el programa *Sopa de Letras*. Lo invitó al Archivo, me lo presentó y quiso ver un libro con los poemas de Manuel Quiroz y Campo Sagrado que se encuentran aquí en el Archivo”.

De los cerca de 10 años que trabajó en el Palacio Nacional, Roberto recuerda un par de anécdotas:

“La investigadora Ofelia Alarcón, quien me parece era del Instituto Nacional de Antropología e Historia, solicitó el legajo 276 del *Hospital de Jesús*, pero con el fin de consultar los planos, que son el soporte de papel de maguey o papel amate. Nos solicitó el legajo, pero resulta que el expediente que ella quería no estaba. Entonces se fue a quejar a la Dirección. El doctor Rubio Mañé no nos dejó salir hasta que no apareciera el expediente que ahora es parte de la Memoria del Mundo. Entonces nos tocó al señor Honorio Mendoza Mejía y a mí buscar el expediente. Ese día no fui a trabajar a la Biblioteca Nacional. Empezamos a buscar de atrás hacia delante y viceversa para encontrarlo. Buscábamos así, porque a lo mejor estaba mal colocado. Efectivamente, estaba en otro legajo. Eran como las seis de la tarde cuando por fin descansamos”.

“En la sala de consulta, el doctor Rubio Mañé se sentaba ante su pequeña mesita, llevaba un expediente y se ponía a escribir, pero siempre volvía la cabeza, vigilando. De repente me llama, Beristáin, el del apellido ilustre. Dígame. Hoy por la mañana ha venido Enrique Villavicencio y se queja amargamente que donde él hace el aseo un bicho se ensucia. Localíceme al bicho y échelo para afuera. Sí, doctor, claro. Localicé al gatito. Me costó un poco de trabajo atraparlo. Lo agarré lo metí en una caja y me lo levé a la calle de Moneda. Lo solté y regresé. El gato ya estaba otra vez en el acervo. Lo tomé nuevamente y me fui un poquito más retirado a dejarlo. Regresé y le dije al director: he sacado dos veces al gato, maestro y las dos veces que regresa. Se ríe el maestro y me dice: no se preocupe Beristáin, hoy que lleguen los veladores les voy a decir que lo lleven a Cuernavaca, a ver si regresa”.

Su memoria también atisba pasajes no muy gratos, como el episodio que

ocasionó una investigadora al quejarse ante la Dirección por la pérdida de unas plumas finísimas y, cuando varios de los trabajadores habían hecho las búsquedas necesarias incluso en el sanitario de damas, la quejosa encontró las plumas en su propia bolsa y no le quedó más que ofrecer disculpas. En cambio, en otra ocasión, llegó personal de la Secretaría de Gobernación para detener a un individuo, pues les habían avisado de que se comportaba de manera sospechosa. “Llegaron a su mesa, lo llevaron hacia el fondo del acervo. Se dice que se estaba llevando los timbres en el forro de su saco”.

“El mismo personal del Archivo hacía la labor de vigilancia, daba servicio y vigilaba que el usuario no se recargara en el volumen, que no utilizara bolígrafo, sólo lápiz. El doctor Rubio Mañé nos decía que debíamos ser correctos con el investigador, tratarlo siempre bien, que fuera una invitación para que regresara, porque si no el Archivo se iba a cerrar. Siempre nos daba consejos a Enrique Villavicencio, a Pedro González y a mí, quienes dábamos el servicio en la parte alta. Pedro González se encargaba del *Boletín*, lo tenía ordenado por series. Cuando alguien lo solicitaba, se encargaba de empaquetarlo y lo enviaba. Enrique y yo dábamos el servicio, colocábamos, prestábamos el material”.

El AGN al Palacio de Comunicaciones

En 1973, a raíz de las obras para la construcción de la línea 2 del Metro, se presentaron fugas de agua e incluso en la cimentación del ala del edificio del Palacio Nacional que da a la calle Corregidora, donde se encontraba el AGN. Por ello se decidió que éste se trasladara al Palacio de Comunicaciones en la calle de Tacuba 8, donde funcionaban aún los Telégrafos de México. En ese inmueble el AGN tuvo una parte de la planta baja y todo el segundo piso, donde la sala de consulta permitía atender hasta 60 investigadores. La mudanza se hizo de manera paulatina.

“Como no contábamos con transporte, el traslado se prolongó hasta 1976. Los investigadores hacían su solicitud de documentación, si ésta se encontraba en Palacio Nacional, se hacía el traslado y se quedaba ya en el Palacio de Comunicaciones. Había una motocicleta que manejaba el señor Pedro González Zamora, la persona que llevaba los documentos iba en una especie de caja de fibra de vidrio”.

A mediados de los setenta, Roberto se integró al equipo de restauradores en el Laboratorio de Restauración y Conservación de la Biblioteca Nacional y, gracias a su experiencia en el AGN, en el periodo 1979-1988 se le comisionó para el servicio al público en sala de consulta. Por otra parte, también a mediados de los setenta, en el AGN estuvo en áreas semejantes:

“Me pasaron al Laboratorio de Restauración y Conservación con la maestra Mariela Paullada. Y solamente me dedicaba a desprender mapas y planos para hacer la Mapoteca. Esto fue en un lapso corto. Después me pusieron a dar referencias, pero no tenía oficina. Los investigadores me buscaban. Esto dio pauta para que el maestro Enrique Arreola y la doctora Stella María González Cicero, responsable entonces de la Dirección del Archivo Histórico Central, me pasaran en 1978 a la única sala que estaba en el Palacio de Comunicaciones, en el segundo piso, en el ala que daba a la Cámara de Senadores. En esa sala yo era el único referencista y se llegó a llenar con aproximadamente 60 investigadores”.

“En ese entonces no había mucho personal. En Palacio Nacional éramos aproximadamente 60 empleados con el doctor Rubio Mañé. Después con Alejandra Moreno Toscano creció la plantilla del Archivo. No sé a cuántos, pero se incrementó. La consulta que prevalecía era la del fondo virreinal: *Inquisición, Universidad, Epidemias, Expediciones Científicas*.

Al hacer una reflexión sobre aquella etapa de su vida, se modificaron algunos de sus esquemas mentales pues, a pesar de que se consideraba un mal estudiante, tuvo el arrojo de levantar la mano y pedir que se le incluyera en un curso especializado que le fue muy valioso para realizar sus tareas de apoyo a los investigadores.

“Hubo cosas muy buenas para mí en el Archivo. Cuando llegué al Palacio Nacional se dio un curso de paleografía, pero yo no lo pude tomar. Fue en el Palacio de Comunicaciones, cuando se dio el curso de Paleografía y diplomática del documento indiano que ya me aceptaron para que lo tomara. Mi jefa inmediata, Mariela Paullada Mena, me apoyó en eso. El curso fue de abril a septiembre de 1981. Fue muy interesante, lo impartió la maestra María Elena Bribiesca. Se me hizo difícil porque tenía que estudiar por la noche. Trabajaba por la mañana y por la tarde. Entonces en la noche estudiaba hasta la una de la mañana. Pero fue muy bueno”.

Entre abril y junio de 1992, en el entonces Centro de Estudios sobre

la Universidad (CESU) de la UNAM, tomaría el curso Técnicas aplicadas de restauración sobre material de archivo, que le ayudó a realizar sus funciones en la Biblioteca de México.

Arribo al Palacio de Lecumberri

El traslado al Palacio de Lecumberri se hizo desde 1981 y fue pesadísimo. Hubo gente que se lesionó. Trabajábamos en la mañana empacando y haciendo la relación de lo que se transportaría por la noche. Todo el traslado lo coordinó el doctor Enrique Arreola Woog quien era la mano derecha de la entonces directora del AGN, Alejandra Moreno Toscano. Las personas tenían mucha simpatía por él y por eso creo que le echaron muchas ganas al trabajo. Hubo un grupo en el Palacio de Comunicaciones y otro en Lecumberri que recibía el material. Se utilizaron camiones blindados de transportes. El traslado se hacía por la noche. En el Palacio de Comunicaciones hubo problemas. Se descompuso el elevador, se descompuso el montacargas y no funcionaban las rampas. Entonces fue más difícil porque se tuvo que hacer a pulso. Gracias a un compañero que trabaja aún aquí: José Zavala, eso se superó. Él tuvo la idea de tomar una caja –cuando estábamos ya agotados, realmente– y deslizarla por las escaleras. La caja se fue de canto hasta llegar al descanso. De esa manera fue más cómodo y más ágil el traslado. Se cambió el Archivo antes del tiempo que se había programado.

Recuerda que participaron, entre otros: Enrique Arreola, Jaime Vélez, José Zavala, Arturo Paz, José Guadalupe Martínez, Guadalupe Quintana, Raymundo Ramírez Contreras, Guillermo Camisao, Jorge Gómez Izquierdo, Rubén Maldonado, Roberto Berinstáin. En Lecumberri estaban preparados Guillermo Bermejo, Rogelio y otros compañeros que recibían las cajas y las acomodaban en la estantería previamente señalada para ello.

“El transporte fue muy ordenado. Se llenaban los camiones que traían tecnología, porque subían las cajas con gatos hidráulicos y se acomodaban bien. Llegados ya aquí, en el Palacio de Lecumberri, donde actualmente está Correspondencia, la directora del Archivo Histórico Central, la doctora González Cicero, instaló el Centro de Referencias. Ahí estuve como responsable, auxiliado primero por Raymundo Ramírez Contreras, después por María Teresa Pacho. Después fue nuestro jefe, como director del

Archivo Histórico Central, Masae Sugawara, luego la doctora Gloria Villegas Moreno y luego Victoria San Vicente Tello, quien falleció hace poco”.

En 1983, Roberto participó en el rescate de los archivos municipales del estado de Puebla. Hacia 1989, tras dos décadas de trabajo en el Archivo General de la Nación, decidió retirarse. A partir de ese mismo año y hasta 1993 fue responsable del Departamento del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional.

“Me fui de retiro voluntario en el AGN en julio de 1989. Lo que

pasó es que había mucha política, mucha grilla, sobre todo para los que no estábamos preparados, que no teníamos estudios. Entonces dije, creo que lo más saludable es que me vaya. Así pedí mi retiro voluntario cuando iba a cumplir 20 años de trabajo en el Archivo. Me quedé trabajando en la Biblioteca Nacional y cuando me estaba jubilando ahí, me mandaron llamar para que regresara al Archivo, cuando estaba como directora la doctora Patricia Galeana, creo que fue en 1994 cuando me hicieron favor de llamarme para que regresara”.

En su segunda etapa en el AGN, reanudó su apoyo en las pesquisas documentales realizadas por investigadores nacionales y extranjeros. “Sí me favoreció el regreso. Fue bueno, además de que ya conocía el trabajo. Entonces estuve creo, no estoy seguro, hasta 2004”.

Además de realizar esas tareas, también apoyó en las visitas guiada, así como en la organización y montaje de exposiciones, entre ellas: *Cultura y derechos de los pueblos indígenas de México*, *La construcción de la democracia mexicana*, *Imagen de Europa en México, siglos XVI al XX*, *175 Aniversario del Archivo General y Público de la Nación* y *La ciencia en la ilustración mexicana, de Alzate a Humboldt*.

“Fue muy agradable trabajar aquí. A lo mejor hubo momentos muy



Foto: Idalia González Castillo

Roberto Beristáin en el Centro de Referencias del AGN

críticos, pesados, con exceso de trabajo porque yo tenía que atender al público, orientar al investigador acerca del contenido de los fondos documentales del Archivo y algunas otras fuentes complementarias de otras instituciones. Esta atención la hacía en la Galería 4; daba visitas guiadas; hacía búsqueda de documentos para el *Boletín*, para la Dirección General, revisaba los buzones de quejas y sugerencias (esta revisión era todos los días). Después de comer atendía de nuevo en Galería 4, luego tenía que colocar el material que se había prestado y otra vez al Centro de Referencias. Muchas veces, cuando había que montar exposiciones salíamos hasta el otro día, aunque nos pagaban tiempo extra”.

Considera que las personas que ofrecen servicio de consulta en un archivo histórico a los investigadores deben poseer además de habilidades propias de estos repositorios, también otras cualidades.

“Lo primero es el gusto por el trabajo y conocer, como decía Rubio Mañé, siquiera cincuenta por ciento del acervo. Para esto se requiere tener buen carácter, porque hay personas que tienen un carácter bastante fuerte y no pueden tratar con investigadores. Ahora que estoy fuera del AGN he ido a otros archivos y sinceramente, pienso que el servicio que presta el Archivo es bueno. De verdad ha mejorado. Hay amabilidad, diligencia, es un servicio de calidad, a diferencia del trato que se ofrece en otros lados”.